

Narbonne, sobre quien había de caer la responsabilidad de la guerra, no veía ésta muy tranquilo, así movido por los consejos del duque de Biron, antes el elegante y famoso conquistador Lazun, resolvió intentar la acción diplomática al objeto de ver si podía separar de la coalición á Inglaterra y á Prusia. Biron fué á Prusia y Tayllerand á Inglaterra. Uno y otro regresaron sin haber conseguido más que una declaración de Inglaterra de que ella no intervendría, pero al mismo tiempo Pitt declaraba

al agente secreto que le había enviado la reina para desautorizar á Tayllerand y Biron á quien se hizo encarcelar por deudas, pudiendo salir á poco mediante un arreglo, «que no dejaría perecer la monarquía francesa, ni al espíritu revolucionario organizar en Francia la república.»

Además María Antonieta engañaba también á los que se iban cada día más comprometiéndose para restaurar la monarquía más ó menos á la antigua. Cuando los jefes de los feullants vieron al



MADAME ROLAND

emperador amenazar con motivo del incidente de Treveris, Dupont, Barnave y Lameth dirigieron una Memoria al emperador por conducto de la reina conjurándole á una actitud pacífica y esto mismo le aconsejaba al parecer la reina, pero ya se dió ésta prisa en escribir por separado á su hermano diciéndole que no hiciera caso de nada, pues ella había escrito obligada por la presión de dichos señores. Así le escribía á éste «que el emperador, pues, sienta sus propias injurias; que se presente á la cabeza de las otras potencias con fuertes imponentes, y todo temblara aquí: No tenemos que esperar socorro alguno ni del tiempo ni del interior.» Vemos, pues, que el interior, del que se desconfiaba

ya por la reina, no se movía tan espontáneamente como quieren hacer creer los que como Sybel y Taine hablan siempre de la creciente tiranía de la democracia.

El complot real dió por resultado la carta del emperador del 31 de Enero que contestaba á los feullants conforme se le había prevenido, y esto cuando ya estaban á punto de terminar las negociaciones con el rey de Prusia que habían de dar por resultado el tratado de alianza del 7 de Febrero. Sin embargo, Leopoldo II persistía en sus propósitos liberales, y en dicho tratado los firmantes se comprometieron á sostener lo mismo en Francia que en Polonia el partido constitucional, y conforme

á esta base fundamental de la política austriaca se redactó la nota del 17 de Febrero destinada á contestar al decreto de la Asamblea de 25 de Enero.

Delessart ó el gobierno guardaron la nota hasta el 1.º de Marzo, en cuyo día dió cuenta á la Asamblea de la misma y de su contestación. Evidentemente se había querido prevenir las resoluciones de la Asamblea y apresurar el golpe de Estado que debía salvarlo todo, pero aún cuando el ministro de Estado declaró que ya había protestado de lo que

decía el emperador de la influencia de los republicanos que tenían supeditada la Asamblea y de la secta perniciosa de los jacobinos, previniéndole, que no se mezclase en lo sucesivo con los asuntos interiores de Francia, la Asamblea envió la respuesta del emperador á la comisión diplomática para ver lo que tenía que resolver. Era, pues, preciso adelantarse á esta respuesta que podía comprometerlo todo.

Arrojar á Narbonne del ministerio para tener el



Sucesos del campo de Marte

campo libre y un ministro de la guerra pronto á secundar los planes del gobierno y de los feullants era lo que ante todo debía procurarse. Beltrand de Molleville, se encargaba, como ministro de marina, de procurar el rompimiento poniendo toda su mala voluntad en disponer lo necesario para la campaña que se indicaba ya como eminente. Pero Narbonne se consideraba en el gobierno como un centinela puesto por sus amigos y lejos de prestarse á los planes de sus colegas se dispuso para contradecirlos, y aún para imponerse, y al efecto mandó á llamar á los tres generales en jefe, dándoles orden de que se presentasen inmediatamente en París. Concertóse prontamente con éstos y el día 6 de Marzo se presentó ya ante la Asamblea para declarar en nombre

de éstos que no consentirían que el extranjero se mezclase en los asuntos de Francia por lo que reclamaban la unión de la Asamblea y del rey para el establecimiento de la fuerza pública y restablecimiento de la disciplina, declarando, en fin, en su nombre siempre, que la cuestión de paz ó de guerra no podía depender más que de una contestación terminante ó no por parte del emperador de respetar la Constitución francesa. Por su parte los tres generales dirigieron cartas á Narbonne, declarándole el ministro de la guerra necesario, pero una indiscreción, según nuestro modo de ver intencionada, les dió publicidad, y el rey, indignado de tanta osadía, en vez de destituir al ministro de marina, como pedían los generales y la Asamblea,

destituyó el día 9 de Marzo de 1792 á Narbonne.

¿Era esto el golpe de Estado del rey? Así hubieron de creerlo los feuillants á quienes el concierto entre el emperador y el rey de Prusia les abrió los ojos, pues estos fueron los más enérgicos en reclamar contra el acto del rey, haciendo declarar á la Asamblea y á los Feuillants, que Narbonne merecía todas las simpatías de la Asamblea y que el ministerio había perdido su confianza. Los republicanos vieron desde luego rotas las negociaciones y amistades entre la corte y los feuillants, avanzaron resueltamente para comprometer á éstos, y al efecto, Brissot sostenido elocuentemente por Vergniaud, pidió que se declarase á Delessart en estado de acusación, dirigiendo uno y otro en sus discursos graves censuras á los Tullerías. El decreto de acusación se votó por gran mayoría.

¿La guerra iba, pues, á principiarse, por una guerra á muerte entre la corte y la Asamblea? No; la corte se sintió vencida. La energía de la Asamblea la había asustado. Además una terrible noticia la había sumido en el mayor desconsuelo. El emperador Leopoldo, II había precisamente fallecido el 1.º de Marzo, y la noticia de su muerte llegó á los Tullerías junto con el aviso de haberse reducido á prisión á Delessart en virtud del decreto de acusación de la Asamblea. Anonadada la corte vió indiferente el sacrificio de los ministros y dejó sencillamente hacer á sus enemigos como sucede siempre que se pierde toda esperanza y toda probabilidad de poder resistir á la fuerza. Tal fué el resultado de la famosa jornada del 10 de Marzo.

Dicho se está, que al estado á que habían llegado las cosas, sólo los girondinos estaban en el caso de poder ser poder. Como su rápido encumbramiento había naturalmente de inspirar celos y envidias, tomó ya entonces cuerpo la idea de que se hizo porta-voz Robespierre, de que los girondinos habían impuesto á María Antonieta una lista de ministros con la amenaza de que en caso contrario, la harían decretar en estado de acusación por la Asamblea, y ésto se dice, hubo de contribuir y no poco á la terrible caída de los girondinos, pero ya lo hemos indicado, y hecho alguno no lo ha desmentido, lo que abrió las puertas del poder de par en par á los girondinos, fué el constituir dentro de la Asamblea un grupo compacto de hombres tan osados como elocuentes. El gobierno había caído á sus golpes y á lo sumo se les podía exigir que compartieran su triunfo con los feuillants, pero éstos no se mostraron deseosos de continuar al frente de los negocios

públicos. A los feuillants iban, pues, á suceder los girondinos.

De los antiguos ministros sólo quedó el que se había dado á Narbonne por sucesor á Degraives, pues, signo de los tiempos, aún cuando nombrado por Delessart, era un girondino amigo personal de Petion y de Gensonné. Lo importante era proveer la cartera de Estado, y Gensonné logró que se diera al general Dumouriez, quién hizo á su vez nombrar ministro de Marina á Lacoste, su amigo personal, pero para proveer las demás carteras, Dumouriez exigió el asentimiento de Petion y de Brissot. En fin, el día 26 se dieron las carteras de Justicia á Garnier, amigo de Narbonne, y las de Gobernación y Hacienda á Roland y á Claviere. Pero Garnier rehusó la cartera y Vergniaud y Guadet hicieron que se diese al abogado girondino Duranthon. En suma, Luís XVI dió su asentimiento á un ministerio completamente republicano. ¿En qué pensaba el rey, cuando se rodeaba de tales consejeros?

Dumouriez no se había significado tanto como sus colegas en el campo republicano, había manifestado simpatía por sus hombres, pero pasaba por hombre sin opiniones determinadas. Gensonné, pues, no pudo aconsejar su nombramiento, sino como el más indicado para no despertar celos ni antipatías, creyendo naturalmente, además, con tal nombramiento unir á su partido un hombre de mérito como indudablemente lo era Dumouriez que había pertenecido á la diplomacia secreta en tiempo de Luís XV; luego había mandado en Polonia á los voluntarios franceses, y después había sido el principal director de los grandes trabajos del puerto y rada de Cherburgo. Pero Dumouriez era un hombre de gran ambición y poco escrupuloso respecto de cuanto pudiera satisfacerla, así tan pronto hubo tomado posesión de su cartera le faltó tiempo á los reyes para asegurarles que podían contar con él, y éstos fueron tan francos, que principiaron por declararles que no podían sufrir la Constitución.

Este mismo hombre á los tres días se presentó en el club de los Jacobinos y puso sobre su cabeza el gorro frigio que Brissot ponía de moda como símbolo patriótico, y que Robespierre desdeñó al hablar después de Dumouriez, para declararles que «ó tendrían una paz sólida ó una guerra decisiva, y que en este caso, él dejaría la pluma por la espada.» En esto Dumouriez no mentía. Hombre de espada quería la guerra para llegar por la victoria á la altura que su ambición, por ser tan grande, no le permitía distinguir bien.

Aún cuando los ministros esperaban por sus an-

tecedentes ser acogidos con reserva por los reyes, no vieron sin sorpresa la exquisita amabilidad con que los soberanos les recibían á todas horas; la atención que ponían en el despacho para que no dudasen de su deferencia, en fin, finezas tantas, que la de Roland temió desde luego ocultaban una emboscada. Pero los ministros no desconfiaban, y sin celos se ocupaban con su soberano de la manera como se había de llevar la guerra que hacia inminente el nuevo rey de Austria, pues el joven Francisco devoto y petulante no pensaba más que en el modo de aniquilar el monstruo de la revolución. María Antonieta estaba segura de encontrar en su sobrino un servidor de sus ideas más entusiasta y decidido que en su hermano que murió á tiempo para no presenciar la gran catástrofe.

En efecto, cuanto en los consejos del gobierno se determinaba respecto de la dirección de las futuras operaciones militares, era al momento transmitido al rey de Austria por los agentes secretos de la reina. Los imprudentes avisos de la reina, sospechados por los patriotas, no han sido conocidos hasta nuestros días de libre examen. Los archivos de Viena y la correspondencia del conde de Mercy ha probado la traición de la reina. Todo el plan de campaña de los tres generales fué de este modo transmitido á Austria.

Dumouriez había oficiado el 19 de Marzo al nuevo rey de Austria y Hungría, pidiéndole en nombre de Francia las garantías que ésta necesitaba para su seguridad, y este despacho se cruzó con otro del rey de Austria-Hungría, pidiendo á su rey garantías para los reyes de Francia. Dumouriez hizo entonces que Luís XVI escribiera á su sobrino que no necesitaba garantía alguna, que había jurado vivir libre ó morir con los franceses, y que le enviaba un embajador extraordinario para prevenir las calamidades de la guerra. Este embajador no llegó á partir porque un despacho del embajador de Francia en Viena hizo saber á Dumouriez, que Austria exigía que se satisficiera á los señores alemanes de Alsacia, reponiéndoles en sus derechos feudales; y al Papa, devolviéndole Aviñon y el Comtat; y en fin que se tomaran en Francia medidas tales, que las potencias monárquicas no debieran temer por la paz y quietud de sus Estados.

Dumouriez reservó dar conocimiento de dicho despacho á la Asamblea unos días, que aprovechó para ordenar á los generales que se dispusieran para poder entrar el 18 de Abril en campaña, y al mismo tiempo prevenía al general Montesquiou que estaba en Lyon concentrando 30.000 hombres,

que hiciera todo lo necesario para ocupar la Saboya antes del 15 de Mayo, pues no habiéndose querido recibir por el rey de Cerdeña al nuevo enviado de Francia Semonville por sus antecedentes revolucionarios, íbase á convertir este pretexto en guerra que había de dar á Francia la Saboya.

Por último, el día 20 presentóse con toda solemnidad el rey á la Asamblea para enterarles de la situación. Dumouriez tomó la palabra é hizo una relación precisa de todo lo que había pasado, y luego el rey con conmovido acento en el que se notaba la contrariedad interior que sentía, después de protestar de que había hecho todo lo humanamente posible para prevenir la guerra, terminó pidiendo que ésta fuera declarada al rey de Austria-Hungría. El rey no recibió aplauso alguno y esto que la Asamblea estaba electrizada por la guerra, pues de sobras vió que Luís XVI no había hecho más que cumplir el acuerdo de sus ministros. Por la noche la Asamblea deliberó y mientras fué el feuillant Pastoret quien propuso el primero decretar la guerra, fué Becquet otro feuillant quien procuró oponerse á la corriente. La sesión fué acalorada, y en ella pronunciaron elocuentes y patrióticas frases, hombres á quienes dentro de poco iba á inmortalizar la guerra. Por último se pasó á votación y sólo siete votos se declararon contra la guerra. La declaración de guerra la redactó Gensonné, quien no temió provocar la coalición europea, pues en su primer considerando declarábase la guerra al rey de Austria-Hungría por su «concierto con otras potencias contra la independencia y seguridad de Francia.»

Las guerras de la revolución iban pues á principiarse, y vamos ahora á ver si habían de ser ó no favorables á la monarquía.

Como ya hemos dicho, la guerra era impopular entre los jacobinos y el menor contratiempo podía ser fatal á los partidarios de la guerra, por esto Dumouriez no sólo quiso establecer una seria unión con Lafayette y su partido, sino que se ofreció á éste para que diera en la guerra el gran golpe, á fin de que rehaciendo su popularidad pudiera obrar en el interior, de manera que la monarquía y la dinastía pudieran considerarse aseguradas. Lafayette prometía su adhesión á Dumouriez, pero al mismo tiempo pedía que se regularizase la situación política en París. Efecto de todo esto fué quitarle á Rochambeau parte de sus fuerzas, y proponerle á uno de sus generales, á Biron, de modo que cuando el día 29 de Abril entraron en campaña Biron y Dillon, éste se hizo derrotar por las patrullas austriacas, dejando en su poder sus bagajes y artillería,